

Jeromin

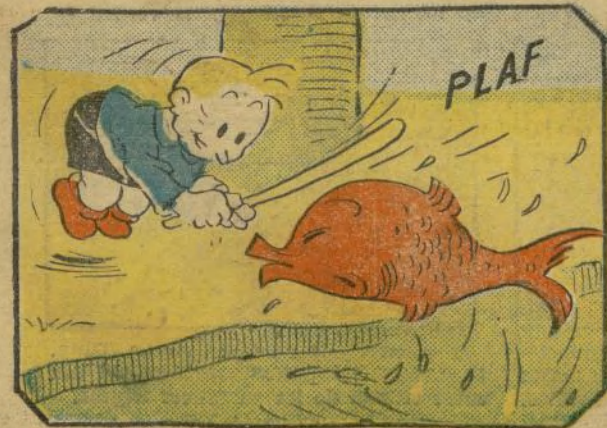
10 Cts

AÑO VI.—NUM. 295

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

3 de enero de 1935

Pescador Mayor





La señora era una comodona que no comprendía que la doméstica no podía sacudir las alfombras, fregar los cacharros, limpiar los dorados, afetar al señorito, pulir las uñas



a la señorita, sacar de paseo a la niña pequeña, pero sobre todo sacudir las alfombras y preparar la mecedora a la señora. Mas la criada era más lista que otro poco y encontró



un medio de sacudir las alfombras gracias a la señorita, que sin darse cuenta trabajaba al mismo tiempo que disfrutaba de aquel descanso logrado a fuerza de no hacer nada.

VERDADES Y MENTIRAS

LOS DOS VIAJEROS

Un jinete, sintiéndose fatigado tras un largo viaje bajo los ardientes rayos del sol, se apeó y ató su cabalgadura al tronco de un árbol. Sacando luego su merienda de una bolsa, se tendió a la fresca sombra del follaje para descansar y comer.



Poco después apareció otro viajero, que también se apeó y quiso atar su caballo al mismo árbol.

—No lo pongáis ahí—le dijo el primero—, porque mi caballo es espantadizo y puede acocear al vuestro.

—Yo lo pongo donde me da la gana—respondió el segundo viajero; y atando su cabalgadura junto a la del otro, se fué a descansar por su lado.

No pasó mucho rato, cuando el caballo asustadizo comenzó a tirar ceces y, en una de ellas, dió tal golpe al otro caballo que lo tumbó en tierra muerto. El dueño se desesperó y comenzó a jurar y a perjurar que el amo del otro caballo tendría que pagarle los daños producidos.

—Ya os lo advertí a tiempo—respondió el primer viajero—; y os indiqué que no ataseis vuestro caballo junto al mío. Culpá vuestra es haberlo perdido.

Pero el perjudicado no quiso oír disculpas; siguió al otro hasta la próxima ciudad, y allí le demandó ante los tribunales.

El demandante contó toda la

historia. Cuando acabo, el demandado permaneció mudo.

—¿Que tenéis que responder?

—le preguntó el Magistrado—.

—Por qué queréis pagar el animal muerto?

El demandado no respondió.

—Responded a mis preguntas—insistió el Magistrado. Pero

el interpelado se limitó a llevarse una mano a la boca y agitó la cabeza en un gesto negativo.

—Este hombre es sordo-mudo—dijo el Magistrado—; ¿cómo

podremos hacerle comprender?

—¿Qué va a ser mudo!—repuso el demandante—.

Habla tan bien como vos y como yo.

—Y ¿cómo lo sabéis vos?

—le preguntó el Magistrado.

—Porque cuando le encontré

descansando bajo el árbol, me dijo: "No pongáis vuestro caballo

ahí, porque el mío es espantadizo y puede acocear al vuestro".

—En ese caso—sentenció el juez—, tengo que absolverlo,

porque vos mismo confesáis que os advirtió del peligro.

LOS REGALOS DEL SULTAN

Cierto individuo tuvo la fortuna de poder prestar un estimable servicio al Sultán, el cual le llamó a su presencia y le invitó a que pidiese la recompensa que deseaba.

—¿Que quieres que te dé?

—preguntó el sultán.

—Un perro de caza—respondió

nuestro hombre, que pensaba

sacar más pidiendo poco a poco.

—Dadle un perro—ordenó el Sultán.

—Y un caballo para cuando

vaya de caza con el perro—continuó el otro.

—Dadle también un caballo—asintió el Sultán.

—Pero es el caso que si voy

de caza con el perro y el caballo, necesitaré un esclavo pa-

ra llevar el perro y traer la caza—prosiguió el pediguño.

—Dadle : imismo un esclavo—contestó el Sultán.

—Tam' én necesitare una esclava para guisarme la caza, siguió diciendo el taimado.



—Dadle, como lo desea, una esclava—dijo el Sultán.

—Te agradezco todos estos

generosos dones reales—dijo entonces el individuo—; pero para

tanta compañía necesitaré una casa.

—Dadle una casa para que

pueda tener sus esclavos, con

un establo para el caballo y para el perro—accedió el Sultán.

—Pero, oh, gran Jefe de los

creyentes—añadió aún el insaciable—; ¿cómo me las arreglaré

para mantener mi casa?

—Indudable ente te convendría

poseer diez pueblos—respondió el Sultán.

Postrándose entonces en tierra

nuestro hombre, exclamó:

—Permite, señor, que tu siervo

te ofrezca las más rendidas

gracias por tan magnífico don.

—Poco a poco—le interrumpió

el Sultán—. Yo no te he hecho

semejante regalo. Si tú me lo

hubieras pedido leal y sencillamente,

nada te hubiera negado.

Pero te tendrás que contentar

con lo que tienes, y has de saber

que tu príncipe nunca se

incomoda más que cuando sospecha

que sus servidores pretenden

engañarlo.

UNA NOTA DE EFECTO



El honrado marino se deleitaba tocando aires playeros y costeros en su acordeón, siendo la desesperación del cocinero, que maldecía del honrado y musical marino, porque la música



hacia que se le reprodujeran los callos del pie izquierdo, que le atormentaban. El honrado marino, harto ya de los sermones del antifilarmonico, le agarró las narices con el



acordeón, y el cocinero aprendió a costa de sus costillas que la música es una cosa muy seria y que no debemos de reírnos de los artistas, aunque sean del acordeón.

Poncito, chico elegante y "El Grifo," sucio y Aunante



Mientras esto sucedía, se estaba organizando la busca y captura de los traviesos y simpáticos muchachos.



Con lo que lograron el perdón del rey, que así les pagó el ser portadores de la civilización y el buen vestir.



Cuando Poncito y "El Grifo" vieron caer al negro comprendieron que estaban perdidos y se dieron a la fuga.



re, escondidos tras un árbol, vieron cómo Rameloides y sus huestes prendían a los inocentes principitos.



Y para conservar esto para siempre, Rameloides ordenó la construcción de un edificio: la sucursal de Benítez.



El negro, en cuanto se hubo repuesto del batacazo, contó al rey Rameloides la faenita que les habían jugado.



A causa del miedo que éstos tenían no acertaban a pronunciar palabra cuando comenzaron a ser juzgados.



Mientras dicha construcción duró, llegó a la isla un barco cargado de trajes que habían pedido a Benítez de Madrid.



Los cuales, en este momento, restituían los trajes a los principitos para que les confundieran con ellos.



Pero Poncito y "El Grifo" tenían un corazón muy grande y, compadecidos de los negritos, diejron toda la verdad.



Y montada la sucursal en La Tinta, Poncito y "El Grifo" partieron de ella entre vítores de los ya felices negros.

Una frefa de Júpiter



Hacia mucho tiempo que Júpiter estaba enojadísimo contra los habitantes de cierto país llamado Beocia, porque no hallaba modo de entenderlos y de contentar a todos.

Si mandaba agua a la tierra para contentar a diez ciudadanos que la habían pedido, protestaban otros cien, diciendo que no hacía las cosas a derechas y desatándose a veces e imprecaciones contra el padre de los dioses. Añádase a esto que los más graves varones entre los beocios, se permitían de vez en cuando darle lecciones, asegurando que no se preocupaba lo suficiente de los intereses de los hombres o que tenía sus predilecciones y simpatías por unos en detrimento de los otros. Y aún había quien lo acusaba, sin tantas contemplaciones, de hacer las cosas a tontas y a locas.

Hasta que un día, molesto y despechado, se presentó en Beocia, y habiendo reunido a todos sus habitantes, les dijo textualmente:

—Oídme bien. Ya estoy hasta la coronilla de vuestras quejas y de las lecciones que tenéis la avilantez de darme



a todas horas; y antes de perder la paciencia, con lo que vosotros saldríais perdiendo más que yo, he decidido poner una compuerta en esta parte del cielo que cae encima de vuestro país, y que de ella baje colgando, hasta el suelo, una cuerda, de la manera que estáis viendo. Cuando queráis agua no tenéis más que tirar de la cuerda para abrir la compuerta, y cuando queráis buen tiempo bastará con que soltéis la cuerda. Y ahora, ya os pondréis vosotros de acuerdo, porque yo me lavo las manos.

Todos los beocios acogieron con una salva de aplausos aquella noticia, y allí mismo invitaron al más docto de entre ellos a que pronunciase algunas palabras de reconocimiento a Júpiter, en nombre de todos, por tan pródiga concesión. El docto varón se puso de pie, y en tono de la mayor reverencia, pronunció un bellissimo discurso de acción de gracias, concluyendo con estas palabras:

—Quiera vuestra majestad perdonarnos, oh Júpiter óptimo, máximo, si alguna vez nos hemos propasado en cen-

surar con excesiva acrimonia vuestras obras; pero son tantas las cosas que vos tenéis entre manos, que no os es posible atender a todas como es debido. La sabia determinación que ahora habéis tomado, al mismo tiempo que os quita a vos una preocupación y un trabajo, nos facilita a nosotros el proveer mejor a nuestras necesidades.

—¡Ya lo veremos!—respondió Júpiter con una sonrisita socarrona. Y en el acto se volvió al Olimpo.

Apenas había desaparecido el tonante dios, cuando un hortelano agarró la cuerda para abrir la compuerta. Pero en el acto un campesino le sujetó el brazo, diciéndole:

—Deja estar en paz la cuerda, que yo he puesto el heno a secar, y con la lluvia se me perdería todo.

—¡A mí me tiene sin cuidado tu he-



no!—respondió el hortelano—; lo que me interesa son mis coles, que ayer transplanté. Pero el campesino, que era más fuerte, dió un empujón al hortelano y lo tiró por tierra.

—Eso es un atropello—gritó un paraguero acercándose irritado.

—Nada de atropellos—añadió un albañil interviniendo en el pleito—. Tiene toda la razón al querer buen tiempo.

—Si alguien pretende imponerse por la fuerza—dijo un molinero—se las tendrá que entender conmigo; porque yo también necesito agua; mi presa está seca y mi molino no anda.

Y diciendo esto, hizo ademán de agarrarse a la cuerda. Pero un picapedrero se le tiró encima enfurecido, y le impidió lograr su propósito.

Entonces el hortelano y el paraguero se pusieron de parte del molinero; el campesino y el albañil, de parte del picapedrero, y se armó una tremolina queriendo unos tirar de la cuerda y tratando otros de impedirlo, hasta que la



cuerda—como no podía menos—se partió y todos rodaron por tierra en confuso montón.

Una sonora carcajada resonó entonces en lo alto del cielo. Los beocios alzaron la vista y vieron a Júpiter, que asomado a la compuerta, se estaba desternillando de risa.

UNA BROMA EN LA EDAD MEDIA



Cierta tarde, un paje vió venir a dos guerreros de un próximo castillo que se disponían a merendar para celebrar uno de los muchos triunfos de su señor, el



rey de los bosques. El paje quitó un cartel que había a la orilla del río, puso la tabla cerca del agua y el extremo del palo lo pisó con una piedra. Los guerreros



llegaron al sitio donde les había dispuesto la trampa el paje, y les sedujo aquel cómodo lugar donde se sentaron para merendar; mas apenas habían tomado



asiento, el paje levantó la piedra, haciendo palanca con un palo, y los guerreros cayeron de cabeza al agua. El paje cargó entonces con la cesta de la merienda,



que era lo que pretendía, y se fué a pescar tranquilamente para recrearse en el deporte y alimentarse con la merienda



robada. Pero los guerreros se apercibieron de la faena y, tomando una lancha, llegaron hasta el puentecillo donde repo-



saba el pescador y "picaron" en el anzuelo, con tal fuerza, que haciendo caer al paje, dieron con él y le llevaron arras-



trando hasta el castillo, donde hicieron una entrada triunfal. Esta verídica historia sucedió en la Edad Media.



Historia de un fugitivo que resultó ser un vivo.



De la cárcel se ha escapado y a la calle se ha lanzado.



Como buen atracador cambia la ropa a un señor.



Y toman por bandolero al buen señor sin dinero.



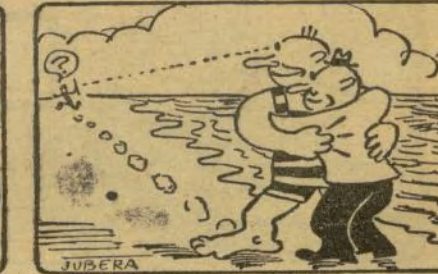
Pero el guardia no desmaya y le sigue hasta la playa.



Su amigo le confecciona una "toilette" muy mona.



Y se la pegan con queso al formidable sabueso.



Huye el guardia despistado y queda el hombre salvado.

DON SEVERO AVENTURERO



Don Severo soñaba con tener un perrito que le cuidase la casa y le sirviese de centinela, en prevención a los



ladrones y atracadores. Consecuente con ello, decidió comprar uno pequeño, pensando que así le podía edu-



car en su misión de vigilante. Pero el perrito era tan apetitoso, que en el camino se lo comió un perro grande, y



don Severo, que soñaba en ver crecer rápidamente a su perrito, se encontró sorprendido al ver lo de prisa que se cumplían sus deseos.



Desde que don Fielato tuvo la buena idea de alquilar a Laura como anuncio viviente, se estaba haciendo completamente millonario.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



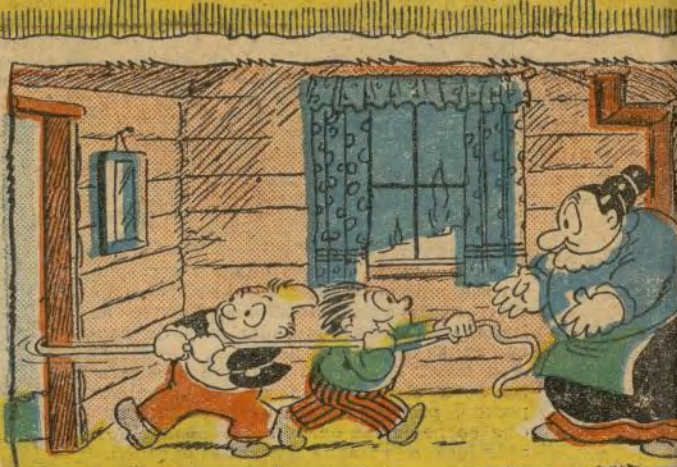
No pudieron el capitán y Barba Cana vengarse de los pilluelos porque éstos buscaron cobijo en mamá Tecla, la cual dispuso para aquella tarde otra espléndida merienda en el campo para celebrar la entrada de los peces en el río.



Camino de la pradera, el capitán tuvo ocasión de expresar su "afecto y gratitud" a los pilluelos, que recibieron aquellas pruebas de amistad con la sonrisa placentera de aquel que le sacan una muela con unas tenacillas.



Terre-Moto, en cuanto recibió el botazo, lo primero que hizo fue llevarse las manos al cráneo y comprobar que le había nacido un chichón como una sandía; luego se encaramó al árbol con la intención de lisiar a sus agresores.



El capitán y su compinche, que estaban ya hartos de merienda, intentaron esquivar aquella, pero Tarugo y Perdígón les cazaron hábilmente a lazo y requirieron el auxilio de mamá Tecla, diciéndola que habían cazado dos fieras.

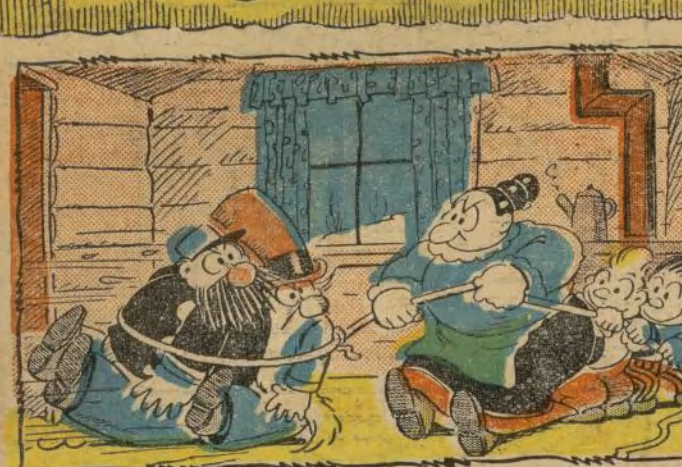


Y como ellos no toleraban que les chutasen a gol en las retaguardias, decidieron jugarle otra faena de las suyas al capitán, para que aprendiese educación y no se metiese con los niños infelices, que no hacían nunca nada malo.



Al instante distinguió los peles que los pilluelos habían preparado y tomando a los rellenos por sus dueños, se deslizó cautelosamente, con las intenciones de un Miura fogueado, para darles una descomunal paliza.

TARUGO Y PERDIGÓN



Mamá Tecla, en unión de sus retoños, comenzó a tirar de la cuerda para atraerse a las dos fieras, y su estupefacción fue mayúscula al observar quiénes eran las "fieras" y al comprobar que habían querido eludir su invitación.



Sobre un árbol que se elevaba encima de los "merendones", los pilluelos comenzaron a tejer los hilos de su trama diabólica, quitándose primeramente los pantalones y rellenándolos de hojarasca, para simular que eran ellos.



Pero los pilluelos entonces serraron la rama que sostenía al capitán, y éste vaciló, entró en barrena, y por último capotó sobre el pastel de crema que mamá Tecla había condimentado con todo el cariño de su alma cocinera.



Mamá Tecla se puso como una leona cuando le operan las anginas con un serrucho, y castigó a los dos desertores a que cargasen con todos los útiles de la merienda y, además, a que se afeitasen tres días con una escarpia mellada.



Una vez colocados estratégicamente los fantasmones, Tarugo, que era especialista en arrojar objetos contundentes a mano, le tiró una bota a Terre-Moto, dándole con el tacón en mitad del "torrao" y metiéndole una tachuela.

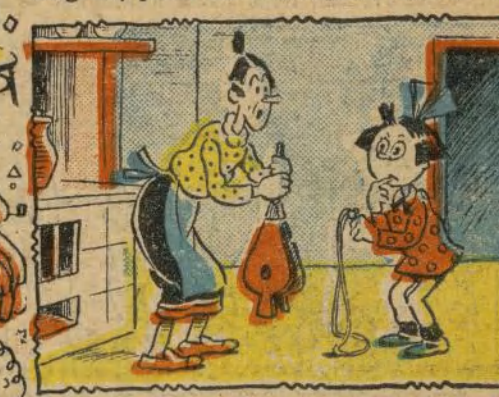


Terre-Moto se quedó más mareado que si hubiese atravesado el Atlántico, pero los estacazos de la furiosa mamá Tecla le hicieron reaccionar, y los pilluelos quedaron dueños del campo, mientras la señora corría maltratando al capitán.

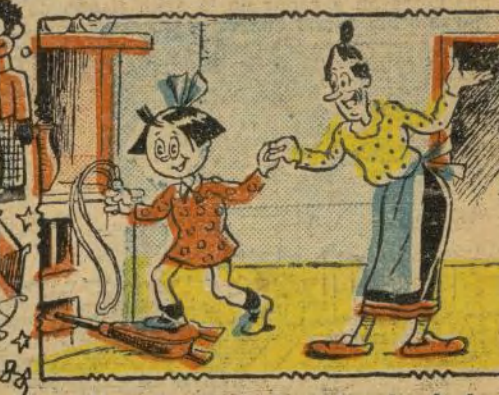
TERESA NINA TRAVIESA



Teresa estaba jugando a la comba mientras su tía las estaba pasando negras, pues no conseguía encender



la lumbre por más que soplabla. La tía le ordenó a la niña que cesase en su juego y se dedicara a soplar, a ver



si ella era capaz de encender la lumbre. Aquella orden le sentó muy mal a Teresa, pero, como a veces era obe-

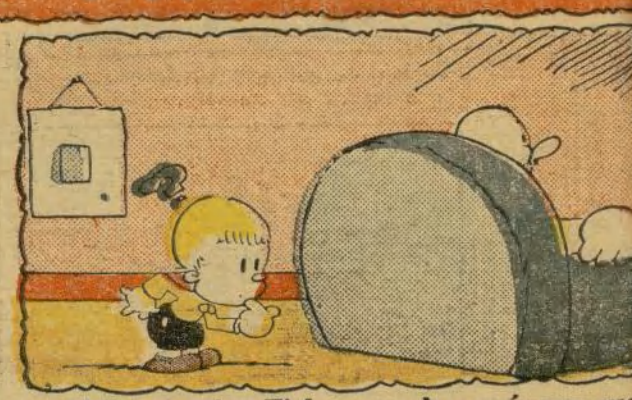


diente, se dispuso a cumplir la orden; mas hábil e ingeniosa, como siempre, encontró bien pronto el medio de compaginar el juego con el trabajo.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Laura, bien ajena a que, gracias a su manía de hablar sin descanso, su dueño se enriquecía, continuaba su cantinela por pueblos y aldeas.



Mientras don Fielato se adormecía con sueños de grandeza, el nene Fielatito oía, asombrado, lo que su papá decía entre sueños.



Y oyéndole decir que con la cola marca "Cemento Armado" debía de pegarse todo, corrió hacia una tienda para comprar un tarro.



El dueño se lo vendió al instante, bendiciendo a la cotorra, que no cesaba de proporcionarle clientes y más clientes.



Y Fielatito, aprovechando el sueño de su papá, le volcó el tarro entre la calva y la almohada, para que probase el producto.

¡Pobre Antonio! Huérfano y encomendado a la tutela de Bepo, un famoso artista del trapecio, de alma endurecida, arrastra una triste vida. Sus aventuras se cuentan en esta emocionante novela.

COMPANEROS DE CIRCO



Cuando acabó la función, entre el regocijo de la concurrencia, Bepo llamó a Antonio y le reprendió ásperamente por haber abandonado su carro, contraviniendo sus órdenes. La gente desfilaba, en tanto, y alguien gritó: "¡Allí está Bepo!"



"¡Id vosotras solas", gruñó Bepo. "Antonio se queda hoy sin cenar". Rosa estuvo a punto de replicar, pero Elena le impuso silencio con una mirada, y ambas entraron a cenar en la gran tienda de campaña. Antonio las siguió con la vista.



Allí se sentó en el duro banco que le servía de lecho. De pronto, se entreabrió la puerta y asomó cautelosamente el amable semblante de Rosa. "Entra —le dijo Antonio—. No tengas miedo. Estoy solo. Bepo se ha ido al circo".



Mientras comía, Rosa le refirió algunas noticias que acababa de saber. "Doña Julia, hija del señor Durán, acaba de venir del colegio que regenta. Creo que es muy buena". "Debe serlo, sin duda, si se parece a su padre, el señor Durán", respondió Antonio.



"Eres un pícaro y un desobediente", le dijo Bepo a Antonio. "Cuando yo te mande una cosa, tienes que cumplirla. ¡No se te olvide!" En aquel momento se presentaron Rosa y Elena, dos jóvenes acróbatas. "¿No vienen ustedes a cenar?", dijo Rosa.



"Ahora, vete a tu carro", ordenó Bepo, "y no salgas de él por ningún motivo. Esta noche no cenarás. Esto te enseñará a obedecer". Antonio, triste, cansado y hambriento, se dirigió al carro en que se alojaba.



Rosa sonrió con satisfacción, y entrando rápidamente, cerró la puerta tras de sí. En las manos traía un plato con comida. "Te traigo la cena, Antonio", le dijo. "Mil gracias", repuso el muchacho. Y se puso a cenar sin más cumplidos.



La conversación quedó cortada, porque habían oído unos ruidosos pasos que se acercaban hacia el carro. "¡Bepo!", murmuró Antonio. "¡Pronto!, escóndete o me desuella vivo". "¿Pero dónde?", murmuró Rosa, sobresaltada. "¡Imposible ya salir!"

MIRAD COMO DON TADEO LLEVA AL CHICO DE PASEO



Castulito había cogido una perra porque quería a todo trance que su papá le comprara un globito. Tanto lloró el



chiquillo que ablandó al padre, terminando éste por complacer a Castulito, que, además, se encontró con que el regreso a su



casa lo efectuaba a bordo de un globo de verdad, que su papá improvisó con la cesta de la compra.

EL RETRATO DEL REY NEGRO



En Nigricia, capital de los reinos negros, habían ya introducido las monedas y los sellos de Correos como en los países civilizados. Un negrito entu-



siasta de su rey se acercó al monarca para pedirle un retrato con el que adornar su despacho, que acababa de poner a la última moda. El rey,



muy halagado por el entusiasmo de su súbdito, le regaló una moneda de oro con su efigie grabada. El moreno, contentísimo, llegó hasta sus con-



vecinos contándoles lo ocurrido, y éstos, entonces, decidieron pedirle al rey un retrato, pensando que éste les daría otra moneda de oro. Y con este ob-

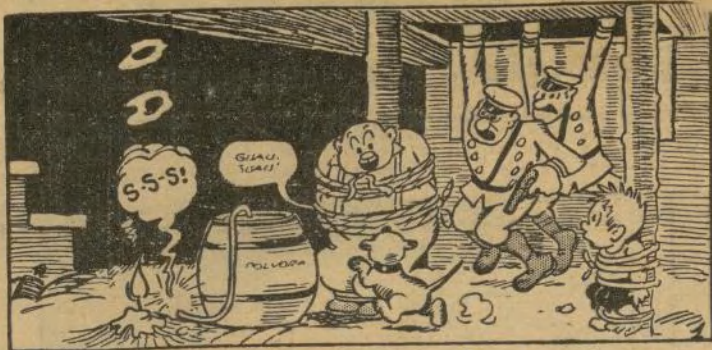


jeto se acercaron humildemente al rey pidiéndole el honor de que les diese una fotografía suya, porque anhelaban el tener un retrato del sobera-

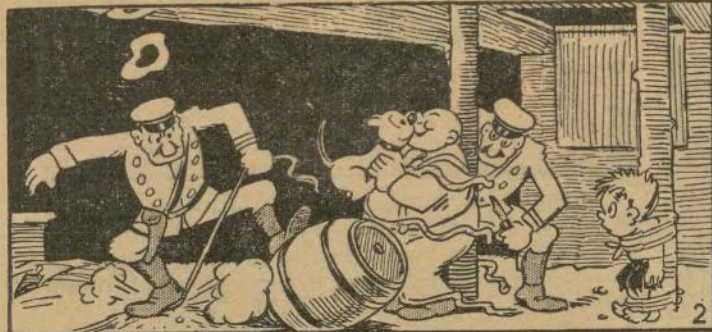


no, y éste, después de darles las gracias, exclamó: "Tomad" y... les dió dos sellos de Correos de dos céntimos, con su efigie grabada en ellos,

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Precedidos por "Dinamita", que corría más que un cohete verbenero, los heroicos policías entraron en la gruta trágica cuando solamente quedaba por quemarse dos centímetros y 21 milímetros.



Uno de los heroicos policías pateó la mecha, mientras el otro desataba a los prisioneros, que con inmenso júbilo abrazaron a sus salvadores llenándoles el rostro de babas emocionadas.



Don Simplón explicó a los policías el modo por el que fueron atrapados por el bandido tenebroso, y los policías juraron, con la mano puesta en el chaleco, cazar al bandido tenebroso.



"Dinamita" indicó a sus compañeros la puerta por la que había desaparecido el bandido tenebroso, y más emocionados que con un melodrama, los heroicos policías llegaron hasta la puerta.



Quince segundos más tarde la puerta se abrió y por ella se arriesgaban nuestros amigos con la pistola en los dientes y la sonrisa en las manos—digo, no, al revés.



La puerta misteriosa daba a un pasillo también misterioso, y los heroicos policías y nuestros amigos se deslizaron por él, dispuestos a capturar al bandido tenebroso, terror de la comarca.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXI Golpe en falso

Absorto cada cual en sus pensamientos quedaron la Marquesa y Pablo cuando Victor salió del pabellón, contemplando los jirones recogidos en el campo de la lucha y resignados a soportar las desgracias que les vinieran. A ninguno de ellos se les ocurrió, sin embargo, que estando descubierto su refugio, según podía deducirse, corrían grave riesgo de caer en manos de sus enemigos.

Media hora después entró de pronto Victor, jadeando, con la zozobra en el rostro y mirando atrás como quien viniera perseguido.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Y Gerardo?



estaban mirándose unos a otros en silencio, cuando en una de las ventanas sonaron unos golpecitos dados por la parte de fuera, como con prisa e impaciencia, por alguien que quería producir el menor ruido posible.

Victor entreabrió con cautela el postigo y se puso detrás en acecho. Entonces se oyó por fuera una voccecita de niño que decía:

—¡Pronto; abrid pronto!

Y el niño, simultáneamente, alargó un papel, que Victor se apresuró a recoger.

El niño desapareció rápidamente, y los de dentro se pusieron a leer el papel, que estaba escrito con lápiz y decía así: "Sin perder un segun-



quesa. Pablo ayudaba a su hermano como podía, y cuando la operación estuvo terminada, cogieron por ambos brazos a la marquesa y la animaron para salir en busca del nuevo refugio.

—No puedo—exclamó la anciana—; salvaos vosotros, hijos míos. Yo estoy resuelta a esperar aquí la muerte. ¡Huid vosotros sin tardanza!

—¿Sin vos?; de ningún modo. O nos salvamos los tres, o los tres nos perdemos.

Diciendo esto, Victor alargó a su hermano los paquetes que había hecho, tomó en brazos a la marquesa y, sin hacer caso de sus protestas, salió seguido de Pablo.

En poco tiempo logró ganar una gran distancia. Reanimada la anciana, pidió que la pusieran de

—¿Gerardo? Corriendo va como un gamo por esas calles de Dios. Gracias al encontronazo que nos dimos en una esquina, pudimos reconocernos. No pude preguntarle nada; pero él me dijo imperativamente que me viniese corriendo a casa... y aquí estoy.

—¿Iba perseguido?

—Creo que sí, según la prisa que llevaba; pero sus perseguidores debían de haber perdido su pista, porque sólo vi a lo lejos la luz de una linterna que sería, sin duda, la de alguna patrulla.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Pablo.

Efectivamente, la situación era crítica y nadie sabía qué se debía hacer: los tres interlocutores

do, recogido todo y marchaos por las calles más desiertas al huerto de Hilario. Estamos descubiertos. Daos prisa, Gerardo."

Aquellas líneas produjeron tal confusión, que nadie sabía lo que se hacía. Victor preguntó qué huerto era aquel, y la Marquesa se le quedó mirando como abstraída. Preguntó luego el joven dónde estaban las cosas que había que recoger y tampoco obtuvo respuesta.

Media hora se pasó de este modo, durante la cual, Victor estuvo abriendo y cerrando cajones, haciendo paquetes con lo que creyó más interesante, y perdiendo un tiempo que se pudiera haber ahorrado con algunas palabras de la mar-

pie, y haciendo un supremo esfuerzo llegaron, por fin, todos, al huerto del tío Hilario.

Casi al mismo tiempo, era registrado y vuelto de arriba abajo el pabellón que acababan de dejar. Si hubieran tardado diez minutos más, hubieran sido cogidos en el nido.

El ciudadano Bolim, que mandaba la patrulla, se mesaba los pelos de rabia. Nada pudo hallar que le pudiese dar una pista, salvo unos fragmentos de una carta que Pablo estaba escribiendo y que poco antes había echado al fuego.

—Hemos dado el golpe en falso, sargento—dijo al jefe de la fuerza—; pero ya los pescaremos. Ahora, vamos a la taberna, a refrescar el gárate, que debéis estar cansados. (Continuará.)

PASATIEMPOS

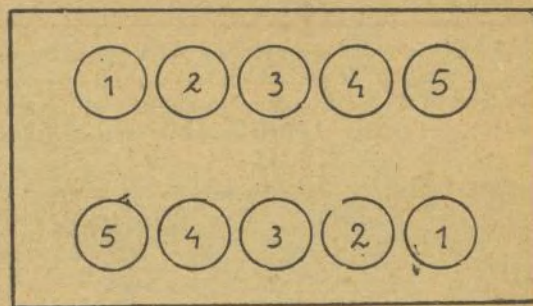


Con estos dos niños han salido a pasear tres niñas más, que se han escondido. Vosotros ¿las encontraréis?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Como veis, uniendo los puntos según su orden numérico, obtenéis el dibujo de un magnífico toro.

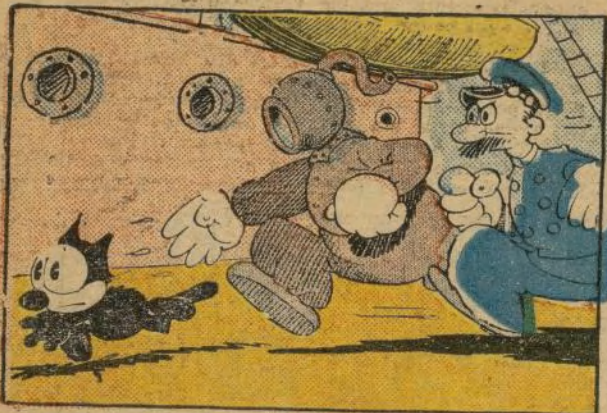


Con estos círculos como vértices tenéis que formar dos triángulos y un cuadrilátero, de forma que sumen la misma cantidad cada figura.

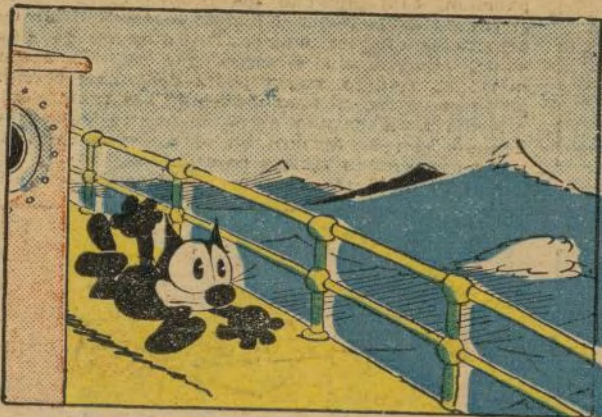


La línea de puntos indica el camino que ha de seguir don Simplón para encontrar a su perro.

ANDANAS DE GATO FELIX



El buzo y el capitán del barco, furiosos contra el intruso que les había agitado la pesca del tesoro submarino, continuaron encarnizadamente la persecución del gato, dispuestos a hacerle fosfatina si le echaban el guante.



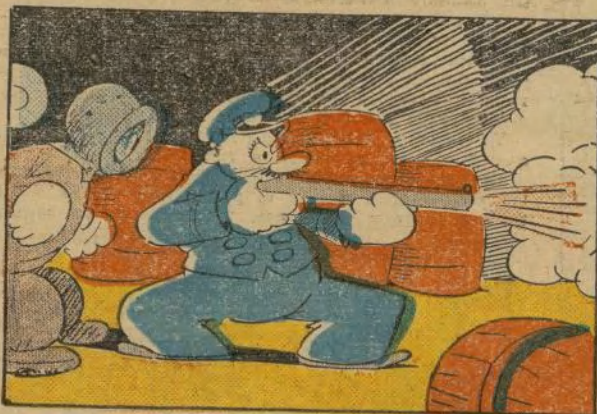
Félix corría como alma que lleva Lucifer, lamentándose de su mala pata, que siempre le hacía salir de un peligro para caer en otro mayor, pero, por más que se esforzaba, no veía un medio de salvar el pellejo en aquella aventura.



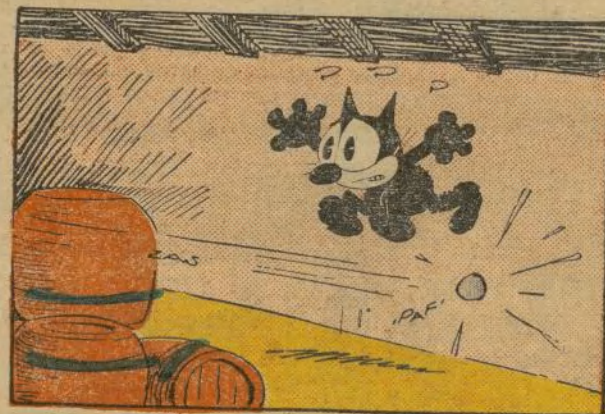
Siempre perseguido por los tripulantes del barco, el gato se coló de rondón en la bodega del buque, y pensó que tal vez escondiéndose en aquel montón de trastos viejos, podía burlar a sus implacables perseguidores.



El capitán y el buzo, más quemados que un kilo de castañas asadas, llegaron a la bodega, pues suponían que allí debía de haberse refugiado aquel sombrón de gato que les había traído la mala suerte y un sin fin de inquietudes.



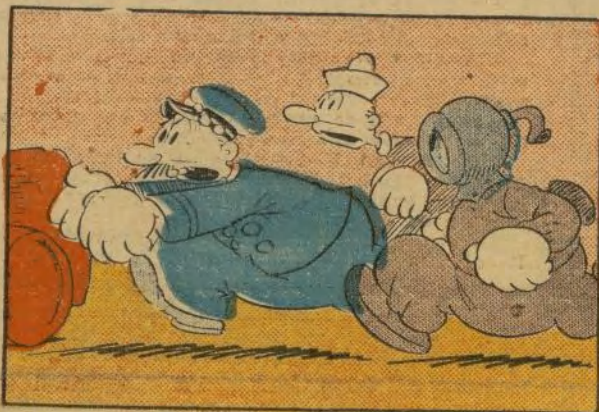
Pronto el buzo, que tenía la vista más fina que una hebra de seda, distinguió el rabequo de Félix, que, achantadito en un rincón, imploraba a todos los santos que le librasen de aquel par de brutos, más feos que un insulto.



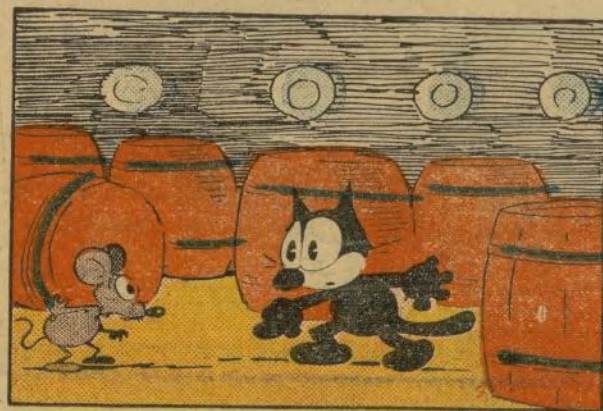
El capitán del barco, que era el mejor tirador de su pueblo, empuñó la carabina, y, apoyándola sobre el hombro, que es donde se apoyan las carabinas bien educadas, disparó sobre el gato, seguro de que con aquel balazo le remataba.



Pero Félix, que tenía aún mejor vista que el buzo, y había "diquelado" la operación, dió un salto de costado, que si lo da en un concurso atlético se lleva el campeonato, y esquivó la bala de la carabina del bestia del capitán.



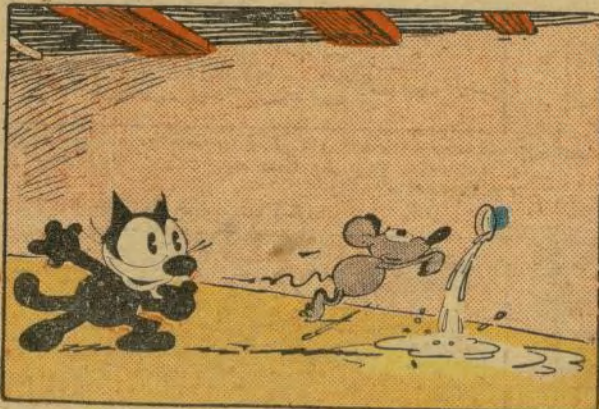
La bala de la carabina hizo lo que hacen las balas de todas las carabinas del mundo, esto es, hacer un agujero donde tropiezan, y la bala a que nos referimos, que era una bala consciente de su deber, hizo un agujero en el barco.



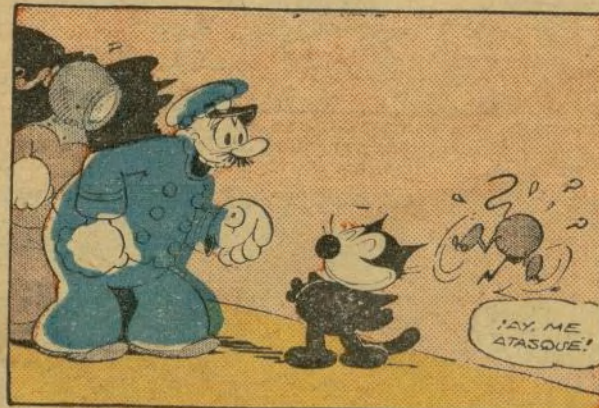
Como sucede siempre también que se hace un agujero en un barco, por el que había hecho la bala destructora comenzó a entrar una vía de agua que amenazaba con anegar el barco y hundirle en los dominios del rey Neptuno.



Todos los tripulantes escaparon aterrados, y en el barco íbamos a decir que no quedaba ni una rata, pero no podemos decirlo ya, porque en la bodega apareció una rata, que se quedó mirando a Félix, como diciendo: "¿Pero qué has hecho?"



Félix, que estaba para pocas bromas, se lanzó sobre la rata, y ésta, huyendo de la quema, se coló por el primer agujero que encontró delante de sus narices, que vino a ser precisamente el agujero hecho por la bala fatal.



La rata quiso pasar a través del orificio, pero como era una rata gorda y hermosa, se quedó atascada en la mitad de su camino, y su cuerpo vino a hacer de tapón, evitando que el barco se hundiera y que los tripulantes matasen a Félix.